

# EL FÍGARO

PERIODICO LITERARIO Y ARTISTICO

HEMEROTECA  
RESERVA



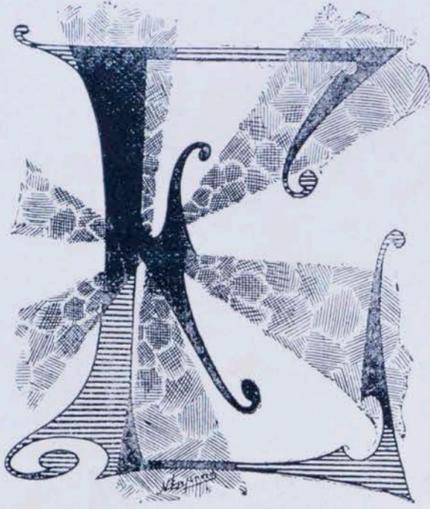
177

Fotografía francesa, Gelabert y Hno.—O'Reilly 63.

Antonio Pacios, fotógrafo

Desfile del Escuadrón del Comercio núm. 1, al pasar por el teatro de Payret, después de la bendición y jura de su Estandarte

## RAREZAS



N el número de junio de la *Contemporary Review* publica Mr. Harry Quilter un artículo, en que analiza la parte capital que corresponde á la prensa en la corrupción del gusto literario en Inglaterra. Mr. Quilter es un crítico puritano que dice cosas, á primera vista extrañas, pero que no lo son sino porque nos hemos ido des acostumbrando á oírlas. A fuerza de leer periódicos, y de leerlos de prisa, vamos perdiendo de vista su influencia real en nuestro modo de sentir y pensar. Y es nada menos que la influencia de la gota sobre la piedra.

La sugestión del periódico favorito, aunque menos intensa que la de las personas con quienes entramos en contacto, es, en cambio, más prolongada, puede ser más duradera, y hasta cierto punto más temible, por lo mismo que se disimula más. Los elogios constantes á las obras de autor determinado ó de tal ó cual escuela acaban por establecer una presunción ó disposición favorable en el espíritu del lector independiente, y la convicción más profunda en el espíritu del lector maleable y sumiso. Y aquí se propone el gran problema: ¿cuántos por mil son los lectores independientes? ¿serán dos? ¿será uno? ¿será una fracción de la unidad? Averíguelo quien pueda. Lo que sí puede asegurarse es que son muy contados, muy pocos los que se toman el trabajo de pensar por cuenta propia. ¿Qué digo? los que se toman el trabajo de pensar. El mayor número de los cerebros que andan por ahí, debajo de cráneos muy sólidos, son meras pantallas por donde desfilan las imágenes y las ideas, como procesiones de sombras chinescas. La lámpara está fuera, y á cada lámpara acompaña su maese Pedro.

Los críticos, que funcionan de maese Pedros, se dan ó no se dan cuenta de su poder; pero lo tienen; y es indudable que la boga de más de una secta literaria es obra suya, no menos que obra de sus autores. Muchos ingenios distinguidos hubieran abandonado á tiempo la senda torcida, sin las complacencias de una crítica poco escrupulosa ó imbuída á su vez de preocupaciones externas. La luz de la lámpara-crítico puede ser también luz refleja.

Mas no es mi propósito tomar por mi cuenta, ni desde mi punto de vista, como lo he hecho en los párrafos precedentes, la tesis de Mr. Quilter. La lectura de su artículo me ha sugerido ideas aun más raras que las suyas, más fuera de uso. Leyéndolo, me he puesto á pensar en la influencia deletérea que pueden ejercer los periódicos en el carácter moral de sus lectores habituales.

Confieso que, aunque paso entre la media docena de mis casi-amigos por hombre de ideas muy radicales, la verdad es que no he logrado desarraigar de mi espíritu ciertas ideas añejas, de que hablo muy poco por temor de que me confirmen de extravagante. Mr. Quilter va á tener la culpa de que me ponga en evidencia. Creo, y lo digo casi corrido, que una de las bases del carácter moral es la sinceridad. Me duele pensar que esa a-everación se está pudriendo de puro vieja. Los antiguos enseñaban que Pitágoras dividía el campo entero de la virtud en dos grandes provincias: Decir verdad y hacer bien. Figúrense Vds. ¡Pitágoras! Y figúrense Vds. también lo que se ha mentido antes y después de ese venerable filósofo.

Así y todo, es decir, vieja y todo, tengo esa idea. Entiendo que ni se respeta á sí mismo, ni respeta á los demás el que, á sabiendas, los induce á error. Se me antoja que no poseemos la palabra para ocultar, sino para declarar nuestros pensamientos. Me figuro que se empequeñece el hombre que no se atreve á decir á otro lo que cree. Y pienso que, sin orgullo ni presunción, cada uno debe empeñarse en conservar su estatura. El que me obliga á ocultar ó disimular mi pensamiento es mi tirano. El que me fuerza á recortar mis ideas, para ajustarlas á las suyas, me martiriza más que aquél que tajaba los miembros de sus víctimas para amoldarlos á su lecho. Voy tan lejos ó tan hacia atrás, por esta senda, que tengo por preferible un pregonero de vicios á un simulador de virtudes. Entre don Juan y Tartufo el abominable es el hipócrita. El uno hiere, pero no engaña; el otro hiere y engaña, hiere y envenena la herida.

La prensa mendaz fomenta el espíritu de mentira. Ningún otro degrada más los pueblos. Amo la libertad, sobre todo porque enseña al hombre á ser hombre. Para mí ser hombre no significa dar tajos y mandobles, ni jurar en el arroyo, ni acogotar al rival en la taberna ó enviarle los padrinos en el club; sino tener el corazón á la altura de su pensamiento, para llamar siempre á lo bueno, bueno, y á lo malo, malo. Engañar al pueblo, dándole lo falso por verdadero, es peor que envenenarle el pan y el agua; es inficionarle su atmósfera moral. No hay interés que disculpe hacer grangería de la mentira, ni el interés de partido, ni el de secta, ni el interés patriótico, ni el humano. Aunque ultrajan la patria y la humanidad los que creen servirlos con imposturas. Misera nación, la que no sea capaz de soportar una verdad que le duela, le amargue, la hiera ó la desgarré! Pobre humanidad, la que no sea capaz de fortificarse con la confesión sincera de sus pequeñeces y miserias!

Mas no quiero extremar la sorpresa del lector. Después de todo, estas son opiniones personales mías, y yo mismo las encuentro á veces un tantico excéntricas. Esos ingleses puritanos y ese Mr. Quilter...!

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

## RECUERDOS DE A BORDO

COMPONÍASE el pasaje en su mayoría, de militares cumplidos que regresaban á sus pueblos y aldeas, acompañados de no menuda impedimenta: sus mujeres y sus chiquelos.

Eran éstos la diversión unciosa de cuatro padres de una archicofradía disuelta, que los hacían cantar en corro desde muy de mañana, para rabetas de los pocos madrugadores:

Pastora divina,  
madre del amor,  
oye los gemidos  
de este pecador.

Formaban grupo aparte algunas artistas también cumplidas, ó de contrata terminada, las cuales se vengaban por la noche de la vocinglera chiquillería, de aquellos *pecadores* de seis años, lanzando gorgoritos al agua. Solían jalearlas, el capitán, un marino terne y guasón; el sobrecargo, un andaluz apersonado, de sal y picardía, y tres ó cuatro pasajeros de firme cabeza y buen humor. Por de contado, que yo me asociaba á este grupo.

No escaseaban los rasgueos de guitarra, ni la copla que se prende al corazón y á la memoria:

En la tumba de una madre  
no hay una flor que se seque,  
mientras le quede un buen hijo  
que con su llanto la riegue.

A veces nos interrumpían los padres estas dulces veladas, para que fuésemos á rezar el rosario sobre cubierta. En este ejercicio cotidiano no era el más entusiasta devoto el cura de á bordo, un presbítero socarrón, de pocos años y divertida charla,—como aquel que nos ha pintado, también de viaje, una célebre escritora,—padre cuya truhanesca fisonomía reclamaba á veces la monterilla del mantón.

¡Con qué fervor rezaba casi todo el pasaje, rodilla en tierra, frente

á una estampa de la virgen de los Dolores, colocada entre dos luces! Era solemne esta función de iglesia en alta mar, cuando las olas mugean y el barco cabecea; y cierto místico recogimiento nos embargaba, al escuchar al unísono, en los rudos labios de los atezados marineros: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores*.....

A las doce de la noche, casi todos los pasajeros dormían en sus camarotes, y alguno que otro rezagado, echábase en las sillas de extensión. Muchas noches, ya cerca de la madrugada, sólo estábamos despiertos, la tripulación de servicio y yo que, apoyado en el barandal de popa, pasaba las horas contemplando las dos masas sombrías del mar y del cielo, unidas en el curvo horizonte por una franja cenicienta. Gustábame respirar aquella brisa libre, aquel aire sano que invadía mis pulmones, silbaba en mis oídos y rizaba en las olas. ¡Qué bienhechor es para el espíritu que medita, el mar, la patria de todos y de nadie,—como dice Alarcón. Su inmensidad es como las redomitas de opio, «madre de grandes ensueños!»....

En aquellos instantes, acompañaba al rumor de las olas el ronquido gruñón de la hélice y el hipo medroso de las calderas, á cuyos ruidos parecíame que se asociaban, como un ritornello, las aleluyas que los sacerdotes hacían cantar por la mañana á los niños:

Pastora divina,  
madre del amor,  
oye los gemidos  
de este pecador.

Y luego volaba de mis oídos este ritmo angélico, y sentía de nuevo la vibración humana de la doliente petenera:

En la tumba de una madre  
no hay una flor que se seque,  
mientras le quede un buen hijo  
que con su llanto la riegue.

MANUEL S. PICHARDO.

## Sangre real y sangre azul

**E**STAMOS en unos tiempos—dijo el príncipe de Ligny, hombre muy chistoso, al rey Luis Felipe— en que hasta los que pasan por más monárquicos, son republicanos.  
—Y también—le respondió Luis Felipe—algunos reyes; por ejemplo, yo. Me siento republicano..... en mis momentos de ocio.

No sé si le pasará lo mismo al duque de Orleans, biznieto de aquel rey; lo seguro es que algunos de sus partidarios más linajudos están tocados de democracia.

Hace algunos días, la hermana del duque, la princesa Elena, casó en Inglaterra con el duque de Aosta. Hubo banquete en el *Savoy Hotel*, de Londres. En una mesa y en un aposento, comieron los personajes de sangre real; en otra mesa, y en otro aposento, los demás invitados.

Entre éstos, la fina flor de la aristocracia francesa. Lo de no comer en la misma mesa que los príncipes, podría pasar, porque la etiqueta de las cortes no sólo lo consiente, sino que, con frecuencia, lo prescribe. Lo de comer en una sala los personajes de sangre real y en otra los que sólo tenían sangre efectiva y azul, era un poco chocante.

A los nobles señores de Francia y de Navarra, no les hizo gracia. Para saber lo que pasaba en la mesa de las realezas, tuvieron que interrogar á los sirvientes. Uno de éstos dijo:

—Los príncipes comen bien, y, algunos, beben mejor.

—Pero ¿hay buen humor? ¿Hablan mucho?

—Hay tanta alegría como en un entierro. Se habla algo y en francés, pero con tan mal acento que aquello parece una fonda de Ostende durante la temporada de baños de mar. Uno de los duques sacrificados por la etiqueta orleanista, pidió un *menú* de la mesa de Sus Altezas; y descubrió, no sin asombro y sin indignación, que figuraban en él diez y nueve platos; mientras que para el comensal que no era Saboya ni Borbón—Orleans ni Brunswick—Luneburgo, sólo había quince. Entre los cuatro platos que faltaban, había unos sorbetes rosados, que, como se dice en España «partían los corazones».

¿Qué fe monárquica hubiera resistido á estas pruebas?

\*\*

Los realistas franceses han publicado frases duras contra el duque de Orleans.

Un fiel súbdito ha dicho en *Le Figaro* que «Enrique IV no tenía inconveniente en sentarse á comer con sus súbditos la gallina del puchero».

A lo que pudiera responder el duque:

—Es verdad; ni yo tampoco. Cuando el súbdito me convidó á gallina, la como. Pero, en el caso del *Savoy Hotel*, yo convidaba; y cada cual, en su casa, convida á lo que quiere y pone las mesas á su antojo.

Y por la prensa europea está corriendo un artículo en el que se demuestra la inexactitud de las cédulas de vecindad de algunos regios personajes.

El autor dice que la aristocracia francesa no lleva más apellidos que aquellos á que tiene derecho, mientras que reyes y emperadores los usan de fantasía.

El príncipe de Gales pasa por un Brunswick-Luneburgo; pues es un Sajonia-Coburgo-Gotha, que así se llamaba su padre; y, como el fundador de la familia era un tal Wettin, sajón obscuro, que no esperaba ser antepasado de reyes, el príncipe debiera llamarse Wettin. La familia reinante de Portugal también es Wettin y no Braganza. Y Wettin la de Bélgica. Y Wettin el príncipe Fernando de Bulgaria.

Al emperador de Austria se le tiene por un Hapsburgo y es un Lorena, porque desciende de un Lorena que se casó con una Hapsburgo.

El emperador de Alemania tiene en su apellido dos sílabas que no llevó el fundador de la familia. De Zollern se ha hecho Hohenzollern.

Pero lo más inexacto es el apellido del Pretendiente de Francia, del que dejó sin sorbete rosado á sus más fieles partidarios. El joven duque no se llama ni Orleans ni Borbón, y sí Capeto. Cruel es el autor del artículo. Si á los realistas franceses que asistieron á la boda de la princesa Elena, se les hubiera despojado, no sólo de esos cuatro platos—incluyendo el sorbete rosado—si que también de la sopa y de las servilletas, serían capaces de probar que, de los reyes de Europa, el que no se llama Sánchez se llama López, y que hay, entre ellos, más de un Rodríguez.

ANTONIO ESCOBAR.

## La mujer

Lleva, adorable, candorosa y bella, como inmortal presente de los cielos, en su seno, la flor de los anhelos, sobre su frente, del amor la estrella.

Afanoso el deseo en torno de ella constante gira en incansables vuelos; anidan en su mano los consuelos; la dicha y la ilusión siguen su huella.

Y, por senderos claros y floridos, con paso dulce y misterioso avanza, guardando para el mundo enternecida, en su forma, el placer de los sentidos, en sus ojos, la luz de la esperanza, y en sus labios, el fuego de la vida.

M. S. CARBALLO.

Julio, 1895.

## LA MODA

Para que no extrañen nuestros abonados no haber recibido aún el último número de la revista *Gran Moda* que regala EL FIGARO, debemos advertirles que, según carta de Madrid, esa edición ha tenido que sufrir un pequeño retraso por esas interrupciones comunes en las imprentas.

Muy en breve la esperamos, y en último término, la repartiremos con las sucesivas.

## Ángel Pons

Hemos tenido el gusto de recibir la visita de este afamado y popular dibujante madrileño, que viene abordo del *Alfonso XIII*, de paso para México.—La reputación del distinguido caricaturista, le ha dado un puesto importante en *El Universal* de aquella ciudad. Damos nuestra cordial bienvenida al amigo afectuoso, y deseamos al artista en América, el éxito que ha tenido en Europa.

## ¡Creo!

Cuando tiendo la vista en torno mío  
y arrecia del dolor la tempestad,  
y viviendo en el mundo, siento el frío  
complemento de toda soledad;

Cuando todo vacila y se desploma  
sin que nada á encontrarse llegue en pie,  
y dentro de mi espíritu su arpa  
esparce el casto lirio de la Fe;

Cuando al tender mi temblorosa mano  
no encuentro quien la estreche con afán,  
y me presenta mi destino insano  
amasado con lágrimas el pan;

Yo á impulsos de recónditos anhelos  
de la esperanza me dirijo en pos,  
tiro la vista absorta allá en los cielos,  
y más que nunca creo... ¡creo en Dios!

B. BYRNE.

Julio, 1895.



Enrique Sánchez Ortega

Teniente del 3er. Batallón Peninsular, herido en la acción de Valenzuela

## ¡Qué sorpresa!



SIEMPRE que veo lanzar destellos deslumbrantes en una orejita fina, aterciopelada, de color de rosa, esas tentadoras piedrecitas cuyo reflejo parece un malicioso guiño del vicio, me sonrío sin poderlo remediar. ¡Cosa más hermosa! ¡Y cómo comprendo ciertas caídas!... ¡y cómo disculpo á aquella infeliz Margarita cuya virtud cayó desplomada ante el cofrecito de Fausto!.....

Pero en este siglo de hipocresías todo se ha falsificado y ya no sabe uno muchas veces qué es lo que roba su admiración y deslumbra su vista, si unos legítimos brillantes de Golconda ó unas piedras de California, última expresión del progreso de la bisutería fina.

¿Cualquiera se lleva un chasco. La misma blancura diáfana, idéntica limpidez en el corte, iguales efectos prismáticos al que-

tra?... Y á ella, que no llevaba escrito en la frente su estado: —Pase usted, señorita.—A los pies de usted, señorita.... y otras parecidas. Creo inútil decir que á Scipión se lo llevaban con esto los demonios y se quedaba un tanto mohino ante su esposa, á quien el *quid pro quo* hacía muchísima gracia.

Pero andando el tiempo, (que anda con bastante prisa) Scipión fué acostumbándose á la broma y su joven esposa encontrando menos gracia á la ocurrencia, á juzgar por su actitud pensativa cuando la llamaban señorita. Bien es verdad que ya lo parecía menos entonces, y no se lo llamaban tan á menudo. Y fué esta la única nubecilla que ensombreció aquel matrimonio á juzgar por los extremos de Scipión, heraldo entusiasta de las virtudes y méritos de su gentil compañera.

—Es una hormiguita para su casa:—decía á sus íntimos—parece mentira que una criatura tan poco hecha á las seriedades de la vida, administre con tal orden y discreción tanta mi modesta hacienda. En sus manos parece como que se multiplica el dinero.... para todo le alcanza al extremo de que aun puede permitirse, (cubiertas las atenciones de la casa), un relativo lujo.

Y así era en efecto. Causaba admiración contemplar aquella



TEATRO DE LA GUERRA.—VILLA DEL COBRE (SANTIAGO DE CUBA) ATACADA POR LOS INSURRECTOS EL 21 DEL ACTUAL  
(De fotografía de Desquirón).—Cuba.

brarse el rayo de luz en las facetas.... Vamos, que no hay otro medio de asegurarse de la legitimidad de las preciosas piedras, que averiguar quién es la mujer que las lleva prendidas en sus orejitas. El lujo está ya al alcance de todas las fortunas.

Pensando en esto hace un momento, al contemplar una belleza trashumante, muy conocida por los ricos broches que como dos estrellas titilan entre el negrísimo cabello, vino á mi memoria el recuerdo de un lance, no se si triste ó gracioso, que me contaron va ya larga fecha. Haré historia.

Por uno de esos raros caprichos de la vida casó Scipión, con sus cincuenta años y aún más achaques áuestas, con una preciosa muchacha, ¿qué digo? con una niña acabadita de salir del colegio. ¡Jesús!., si aquello fué una judiada. Cuando salía del brazo de su marido, parecía un esqueje de jazmines entrelazado con el añoso y carcomido tronco de una encina centenaria.

Los primeros meses, Scipión se puso muchas veces colorado, porque la pregunta más usual que le hacían cuantos no estaban en autos de aquel desigual enlace, era:—¿Y su hija, cómo se encuen-

muchacha corriendo esas calles, haciendo sus compras, enriqueciendo el hogar con un *comfort* prodigioso. Luego tan seriecita, tan juiciosa, tan formal.... vamos, que Scipión, que nunca fué celoso, (rara avis entre matrimonios desiguales) le concedió carta blanca para entrar y salir conforme fuera más de su gusto.

Quando llegaba le enseñaba sus compras. Todo era del mejor gusto, de muy buena clase, honra y provecho.

—Pero niña, ¿de dónde sacas tú recursos para todo eso? Cuidadito que no adquieras deudas....

¿Deudas? ni pensar!... ¡qué disparate! si ella no se permitía estirar los pies más allá de lo que alcanzaban las sábanas. Lo que ocurría era que sabía comprar, y sobre todo, regatear como una fiera los precios.

Scipión lo veía y no lo creía. ¡Qué dichoso es el mortal que da con una buena compañera! ¡Cuántas gracias tenía que dar á Dios por haberle dispensado tan gran beneficio! ¡Oh dichoso, felicísimo Scipión!

Y llegamos á las piedras del Brasil ó de California, que ya era

hora. Un día se fijó Scipión en la orejita de su esposa, que eran por cierto muy lindas y que no describo porque todo el mundo sabe lo que es una oreja bonita, y quedó deslumbrado... ¡Qué preciosísimas dormilonas!... Parecían dos gotas de rocío heridas por el sol, sobre un pétalo de rosa.

— ¡Niña!... ¿y eso?... ¿Cómo has comprado esa joya?... responde...

— Calla, tonto—exclamó riéndose la hormiguita casera, al propio tiempo que destornillaba uno de los broches y se lo alargaba á su asombrado esposo—; ¡si son piedras de California!

— ¿Es posible?... pero es oro fino....

— Sí, hombre: oro de diez y ocho y piedras de California legítimas. Figúrate.... cinco centenes.... ¡regaladas!....

— Claro.... regaladas...

Y la conversación continuó entre los esposos, no sé si sobre las piedras ó sobre las lindas orejitas en que estaban colocadas. Scipión respiró.... estaba tranquilo.

El tiempo siguió andando y la fortuna con el tiempo, por lo cual un día ésta, (que al fin es mujer) volvió la espalda al feliz matrimonio y empezó... un año terrible. Todo se fué vendiendo ó empeñando, al extremo de que Scipión tuvo una mañana,

(por supuesto, sin que su esposa supiera nada) que cojer las lindas dormilonas y entrarse con ellas por la tienda de un empeñista.

— Con seguridad no me dan media onza—iba pensando el infeliz esposo—; ¡Si conozco yo más á esta gente!

El empeñista tomó el menudo estuche de roja felpa, sacó delicadamente uno de los broches, lo miró bien á la luz, lo alejó algo de los ojos, tornó á acercarlo, le aplicó el lente y.... volvió á colocarlo con respeto en su mullido lecho de raso. Scipión entre tanto sudaba por todos los poros.

— ¿Y bien?...

— ¿Qué quiere Vd. por ellos?

— ¡Oh!... yo no sé... deme Vd. lo más que pueda dar de empeño...

— ¿Quiere Vd. cuatrocientos pesos?

Scipión dió un bote que por un tris rompe la vidriera.

— Vamos; le daré á Vd. quinientos—dijo sonriendo usurariamente el hombre, creyendo haber ofrecido poco.

— No... deme Vd. el estuche.

Y salió escapado. Antes de trasponer la puerta aun escuchó crispado de ira:

— La última palabra.... ¡seiscientos cincuenta!

ALVARO DE LA IGLESIA.



TEATRO DE LA GUERRA.—RUINAS DEL POBLADO DE CUABITAS (SANTIAGO DE CUBA) INCENDIADO POR LOS INSURRECTOS

## LA ESTUFA

De la cilíndrica estufa  
en el lecho de ascuas vivas,  
muerden las trémulas llamas  
á los fragmentos de encina.  
Despliega del fuego en torno  
su círculo la familia,  
gustando el calor suave  
con inefable delicia.  
El amor es como el fuego,  
que á los seres aproxima,  
y funde y prende las almas  
en una cadena íntima.  
Más bien que foco de lumbre,  
la estufa se me imagina  
pecho candente que exhala  
amorosa simpatía.  
Con su atracción misteriosa  
los espíritus concilia  
y los baña en resplandores  
de adorable poesía.

Madrid, 1895.

Confuso rumor produce  
la danza de llamas lívidas  
como vampiros chupando  
el jugo de las resinas,  
y ese rumor persistente  
el corazón acaricia  
y lo adormece en ensueños  
de vaguedades divinas.  
A veces del horno rojo  
surge una explosión de chispas,  
que hace avivar los anhelos  
del alma que se ensimisma,  
y ruedan luego las ascuas  
sobre la plancha bruñida,  
cual si diera en un espejo  
un chorro de pedrería.  
¡Qué de empeñados combates  
las llamas débiles libran  
entre las brasas que fingen  
desencajadas pupilas!

Por los duros filamentos  
de las maderas que brillan,  
pasan rosarios de llamas  
como ejércitos en fila,  
y suben hasta un castillo  
con almenas encendidas,  
donde una libre bandera  
serpenteando se riza.  
En él estalla el combate,  
y las huestes acuchillan,  
y corre en ríos de púrpura  
la sangre de los que espiran.  
De las ardientes almenas  
baja una lluvia nutrida  
de balas tintas en oro,  
en zafiro y amatista.  
En esa ruda batalla  
piensa ver la fantasía  
ancas de azules caballos,  
crines al aire tendidas,

caras de trágicos gestos,  
ojos ardientes de ira,  
y el alma goza en los lances  
de la extraña pantomima,  
cual si tuviera un teatro  
delante de las retinas.  
Cada cual la vaga escena  
á su antojo simboliza,  
y en sus varias mutaciones  
lo que quiere se imagina.  
Para el viejo son sus juegos  
pavesas sólo y ceniza:  
para el niño un lindo cuadro  
que le encanta y le fascina,  
para el hombre vigoroso  
la pasión que arde y que vibra;  
para la joven, idilio  
que el amor con llamas pinta;  
para el alma vulgar, nada;  
belleza para el artista.

SALVADOR RUEDA.

## VICO EN AMERICA

Nuestro estimado colaborador en Madrid, Sr. Pardo, nos remite un número de *El Heraldo*, en que se publica la siguiente carta y artículo, provocados por el eminente actor D. Antonio Vico:

Sr. Director de *El Heraldo de Madrid*.

Muy respetable amigo de toda mi consideración: Disponíame hoy mismo á salir de Madrid para Galicia y Portugal, cuando recibí un número de esta importante publicación, donde el Sr. Vico formula agriamente una protesta por supuestas ofensas que yo le hago en los periódicos de América. Y como en diciendo ofensas, en todas partes el menos listo pretende cazarlas al vuelo, yo he decidido no pasar de la frontera y contestar, aunque con la mayor discreción, al señor Vico, esperando que usted se digne darme hospitalidad en las columnas donde se me hacen cargos que rechazo.

De usted atento seguro servidor y obsecuente amigo q. s. m. b.—  
*Miguel Eduardo Pardo.*

## VAYA POR LAS PATATAS

¡Qué ferocidad la del Sr. Vico!....

*Después de todo, ¿qué hice yo?* Copiar sencillamente un suelto en el cual se consignaban las famosas frases «de las patatas». Mi papel se redujo á ser algo así como «eco» de una afirmación, y nada más. El papel, no obstante las bondades que me ofrecía, resultóme poco airoso, y celebré, por consejos de un amigo, la entrevista á que el mismo señor Vico se refiere; entrevista que publiqué, antojándoseme que le favorecía muy mucho, porque el suelto de las patatas así reproducido, escueto, sin comentarios, era más que suficiente para que los quisquillosos de allá pusieran de oro y azul á D. Antonio.

¡Y pensar que el señor Vico no supo agradecerme el favor!

Yo no me «enfurezco» como él, á pesar de que gasto la sangre un poco caliente. Sé guardar la distancia entre su respetabilidad y mi juventud. Pero ni la respetabilidad del señor Vico le da derecho para dirigirme carta tan brusca, ni mi juventud, ni mi dignidad, ni mi carácter lo permiten, por ningún respecto y en ningún caso, sean cuales

«Bueno, pues ya lo he dicho: ahora ustedes hagan sus comentarios, y si leen los *interviews* de Vico con los periodistas, que han salido en los diarios de la mañana, juzguen de todo eso con ancho criterio, apreciando en su justo medio la sinceridad ó imparcialidad del señor Vico.

—«En una República—dice hablando con un redactor del HERALDO—dí con un presidente dictador *que me besó*....

—Yo también le besé, y como no podía hacer otra cosa.... le hice un soneto».

«Vico ha sembrado de sonetos á América, según nos dijo; despedida de la compañía: soneto; llegada de la compañía: soneto; función de beneficio: soneto.»

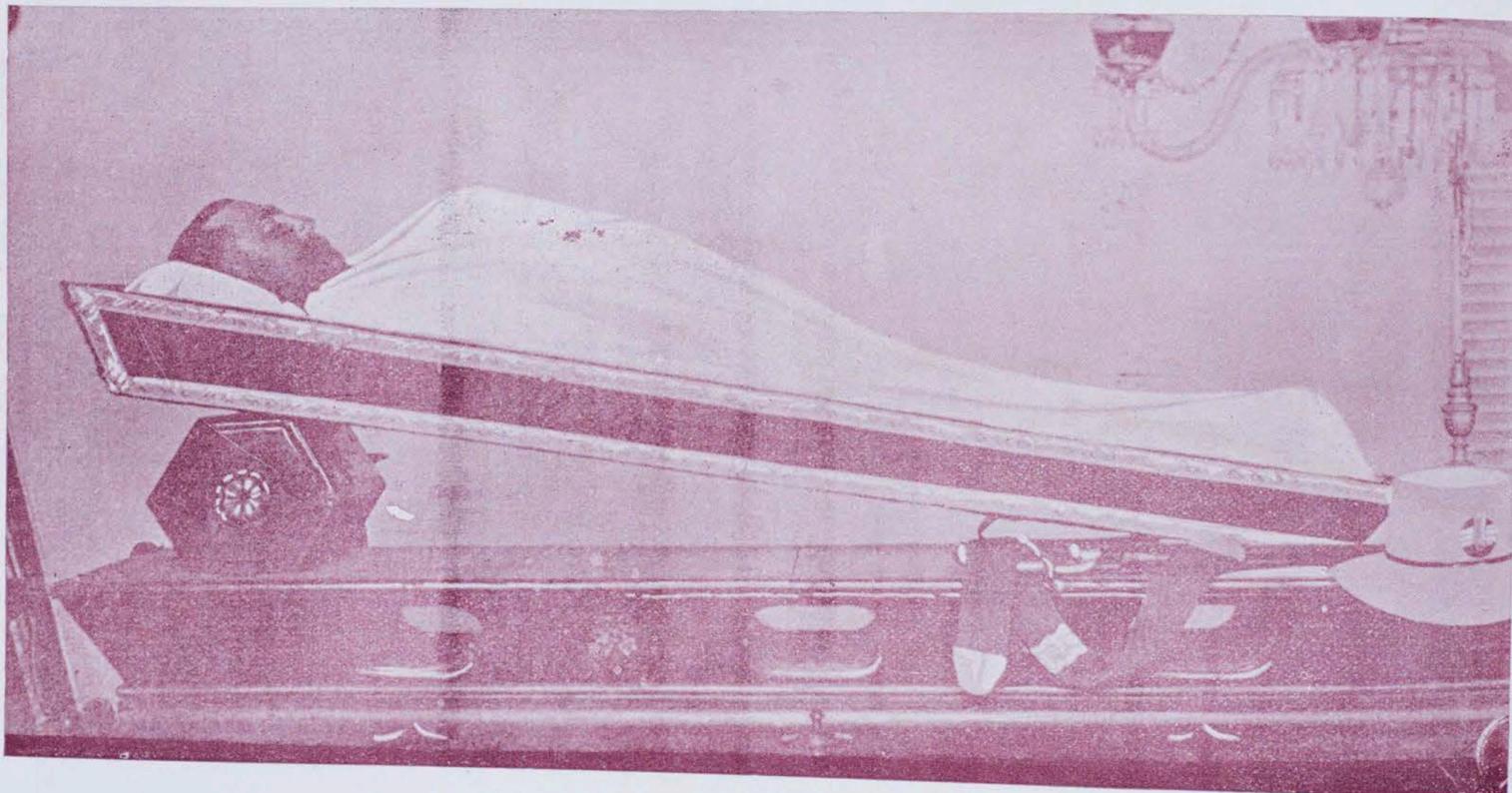
—«Era mi recurso; persona que me miraba con sonrisa benévola tenía su soneto seguro, lo cual me hacía una popularidad inmensa. El soneto está muy bien visto en América.»

*De todo lo cual* resulta, que no soy yo, sino los demás los que han puesto en evidencia al «encoraginado» actor, porque esos cuatro últimos párrafos no son míos, son del Sr. Urrecha, y en ellos fué que se fijaron los periodistas americanos para zanzandear á D. Antonio.

Por otra parte, el Sr. Vico ha confundido, y por modo bien extraño, lo que le dicen en Caracas con lo que yo escribo. Allá está el director de *El Progreso*, que no me dejará mentir; porque él es quien le recuerda cómo en un banquete derramó abundantes lágrimas de gratitud el Sr. Vico. Yo no he hablado de lágrimas ni he visto llorar nunca á D. Antonio fuera de escena, ni me interesa saber de lágrimas más ó menos sinceras, porque maldito lo que sirvo yo para paño de ellas.

En cuanto á los sonetos, ¡qué voy yo á decir, si no los conozco!.... Allá, es allá donde debe dirigirse el señor Vico. ¿Qué dardos ni qué ponzoñas he de *imprimir* yo á sonetos que no he leído—ni quiero—porque me falta tiempo para leer los de los verdaderos poetas?

Usted, Sr. Vico, saca consecuencias de hechos imaginarios, ó, por lo menos, de cosas que yo no he escrito; y, la verdad, juzgo poco hidalgos tales procedimientos. ¿Por qué afirma usted, pongo por caso, que yo soy autor de artículos ó sueltos que no llevan mi nombre al



CADÁVER DEL GENERAL SANTOCILDES, EXPUESTO EN CAPILLA ARDIENTE, EN EL CASINO ESPAÑOL DE BAYAMO

fueren las circunstancias que me rodeen ó el medio en que me halle.

Cuando el *Heraldo* publicó el suelto en que se atribuían al señor Vico las frases mal sonantes de las patatas con respecto á América, yo, como cronista de *El Tiempo* de Caracas, lo recogí, lo incluí en mi correspondencia y lo publiqué sin comentarios; el suelto iba por su cuenta y riesgo en solicitud del juicio público. Mas llegó un amigo «caritativo» y se empeñó en que fuese yo á ver al señor Vico, y fuí; y á raíz de mi visita escribí al pie de la crónica que destinaba á América lo que á continuación leerá quien desee enterarse del lío que acaba de armar ese caballero:

«P. S.—Abro esta carta á última hora para dar cuenta á *vuela pluma*, de la conferencia que por indicación de un periodista amigo mío acabo de celebrar con el señor Vico. Y, más que por otro motivo, por borrar la mala impresión que produciría de fijo en Caracas el suelto de *El Heraldo de Madrid*, copiado arriba *sin comentarios*, es decir, que me decido á trasladar al papel en unas cuantas líneas las nuevas manifestaciones del eminente actor.

«El señor Vico apenas me recordaba; pero cuando le dí mi nombre ví cambiar su fisonomía de súbito:—«¡Ah! si es usted el periodista caraqueño que escribe hace años desde Madrid; ahora recuerdo que nos despedimos en Barcelona y que usted me recomendó mucho el viaje á Venezuela....»

«¿Qué país tan hermoso aquél, amigo mío! Muy gratos, gratísimos son los recuerdos de Caracas, de Valencia, de Leicibabaza, de Smith, de don Manuel Fernández....»

«Tengo «la placa» de Bolívar.... El mismo Crespo que no se ríe con nadie se ha reído conmigo».

«Con aquella conversación atropellada y aquellos elogios, ustedes comprenderán que yo no podía decir una palabra y lo dejé hablar....»

«Dígame usted á todos ellos que estoy muy contento; dígaselo también á su padre á quien ví allí. Díga usted que volveré....»

pie?... ¿Por qué subraya usted frases, tergiversando sus sentidos, frases que en su carta no dicen lo mismo que en mi artículo? ¿Por qué me pregunta usted si escribo ó no escribo con derecho sobre éstos y aquellos particulares?

Y, ¿para qué cree usted que estoy yo aquí?

Pues para eso, para juzgar, como periodista, de las cosas según mi criterio; para aplaudir sin rodeos lo que me parezca bueno; para censurar lo que me resulte malo.

Lo de sus patatas me resultó á mí muy mal; y, esto no obstante, me privé del comentario. Si usted me apurase mucho, empezaría por decirle que no es ahora que se necesita aclarar el exacto sentido de sus palabras. A raíz mismo del desembarco, si tan agradecido estaba usted de América como blasona, á raíz de ese desembarco debió usted aclarar una frase, que por donde quiera que se la mire préstase á interpretaciones lógicas. Es como si yo, por sufrir un mareo, como sufrió usted el suyo en alta mar, llegase á América, *banqueteado, ovacionado y adinerado*, y dijese sin más explicaciones:—«No vuelvo á España, porque allí no se puede vivir».—¿Qué haría usted como buen español si me encontrase? Me rompía usted cualquier cosa. *Ya usted ve*, yo no le rompo á usted nada, ni siquiera los sonetos; y cuenta que yo muerdo y grito, según los casos y las ocasiones.

Por de pronto, quedamos en que yo *no he dicho lo que usted dice que yo dije*; quedamos en que á usted se le subieron á la cabeza los escritos de otros, suponiéndolos de mi cosecha; y quedamos en que mi verdadera obra es la que se reproduce aquí entre comillas, y de la cual no me siento dispuesto á borrar una sola palabra.

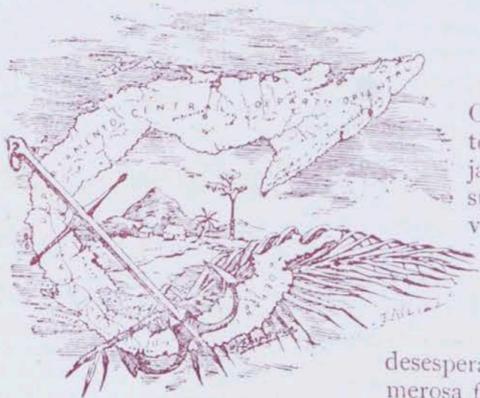
Por lo demás, su protesta no me produjo ningún efecto. Usted quiso asustarme, y no fué posible: esas cartas así no dan los resultados que se quieren. Escriba usted otra, cerrándola con un soneto, y puede que de esta forma me asuste.

Y por hoy no va más.

## Detención arbitraria

A Manuel S. Pichardo

I



OMO al bueno de Antonio Díaz le habían dejado cesante á pesar de sus treinta años de servicio, para poner en su puesto á un jovencito recomendado por el Ministro del ramo, estaba desesperado. Sostén de numerosa familia, y con objeto de

no contemplar incesantemente las miserias íntimas de su hogar, solía pasar gran parte del día en un café inmediato leyendo los periódicos, soñando con una plaza en el Ayuntamiento que le habían ofrecido, y meditando su infortunio.

Los días que se agotaron los recursos proporcionados por amigos cariñosos, entraba alguna prenda.... algún lio de ropa en la casa de préstamos para no volver á salir; y estos detalles reales de su triste vida justificados por las circunstancias, le sirvieron para que más tarde se le conceptuara como un vago peligroso.

absolutamente nada que ver en sus fechorías, y de las declaraciones favorables del dueño del café y de infinidad de amigos de Díaz, se le comunicó, y sufrió todas las molestias é interrogatorios á que se somete á los criminales más refinados en su siniestro oficio.

V

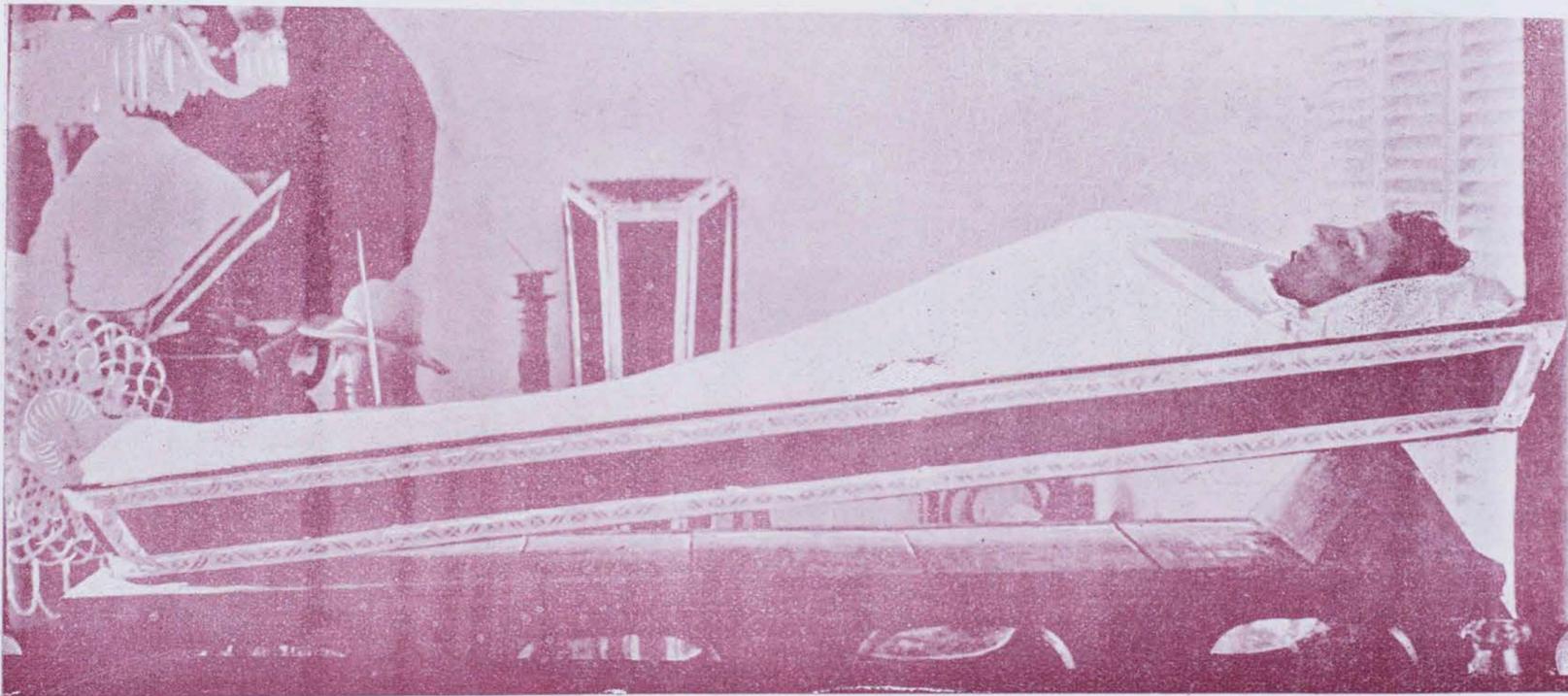
Al día siguiente la prensa con el título de *Captura importante* daba lujo de detalles del servicio prestado por la policía.

Cuando llegó á oídos de Díaz, que su honrado nombre había figurado en la degradante crónica de crímenes y estaba injuriado y pisoteado por las columnas de los periódicos, no tuvo ni fuerzas para maldecir. Creyó que un rayo le había caído sobre el corazón, y se desplomó silencioso y con mirar errabundo.... sobre el mugriento camastro del calabozo.

VI

Un día, oyó al través de la puerta de su encierro la voz de uno de sus hijos que suplicaba llorando le dejaran ver á su papá.

Las lágrimas de aquel niño enternecieron al vigilante, que cogiendo al chiquitín en sus brazos lo elevó hasta la ventana del calabozo. El preso, lanzó un rugido que tenía tanto de blasfemia como de alegría, y abrazándose á las rejas de la ventana empezó á besarlo con delirio de padre encarcelado.



CADÁVER DEL TENIENTE SOTOMAYOR, AYUDANTE DEL GENERAL SANTOCILDES, EXPUESTO EN CAPILLA ARDIENTE EN EL CASINO ESPAÑOL DE BAYAMO

II

Una noche que leía en un rincón del café un periódico de la tarde, un caballero elegantemente vestido que saboreaba un jerez en un velador inmediato al suyo, hubo de dirigirle la palabra respecto al suceso del día que traía alarmados todos los ánimos.

Cuando más engolfados se hallaban en su conversación les intimó la detención, revólver en mano, un inspector de policía rodeado de orden público.

Aun no había salido de su asombro el bueno de Antonio Díaz, cuando encontró sus brazos fuertemente atados por una cuerda que le trituraba las carnes.

Después, á empujones lo condujeron á la delegación del distrito.

III

En aquel amargo trayecto, al contemplar Díaz con ojos extrañados las miradas de los transeúntes que se posaban amenazadoras sobre su frente pura y honrada.... quiso llorar, y no pudo. Sintió frío en el pecho, calor en el cerebro.... y cuando oyó como un murmullo sordó la voz del inspector que le interrogaba por sus señas personales, le miró fijamente.... con fijeza de cadáver.... y rompió á llorar exclamando entre sollozos: — ¡mis hijos! ¡mis hijos!

IV

A pesar de que su elegante compañero de detención (que era un criminal de triste renombre) juró y rejuró que Díaz no tenía

Cuando la imagen de su hijo desapareció de la verja, aplicó su oído á la cerradura, y al escuchar los sollozos lejanos de su familia, miró al techo abovedado creyendo que iba á ver el cielo azul, cruzó las manos con la actitud de un mártir y sintiendo instintos de fiera enjaulada, comenzó á golpear la puerta, con las manos, con los pies, con la espalda y con la cabeza.

VII

Cuando probada su inocencia fué puesto en libertad, en la puerta de la cárcel le esperaban su esposa y sus hijos.

Se abalanzaron á abrazarle.... pero retrocedieron espantados y llorando.

El preso salta de su encierro altivamente, con la frente erguida, las pupilas girando nerviosamente en sus órbitas y repitiendo con acento doloroso y extraviado: ¡soy inocente! ¡soy un hombre honrado! ¡mis hijos! ¡mis hijos! ¡señor juez, soy inocente! ¡soy un hombre honrado!

VIII

Y hé ahí, por qué en la celda número 13 de un manicomio hay un pobre loco que repite con acento doloroso y extraviado: ¡soy inocente! ¡soy un hombre honrado! ¡mis hijos! ¡mis hijos!

ANGEL E. BLANCO.

Julio, 1895.

## En el álbum de la Señora Doña Elvira Martínez, Viuda de Melero

## EL ARTE Y LA NATURALEZA

NADA hay más sorprendente, y que eleve el espíritu á la más alta adoración al Dios de lo infinito, que la contemplación de los magníficos paisajes de la Naturaleza.

Admíranse los frescos de Herculano y Pompeya como obra de la inteligencia artística, pero fáltale á esos lienzos lo más grande, lo más sublime, algo que se relacione con la creación, en una palabra, la representación de la Naturaleza en sus más bellos paisajes.

La inteligencia del artista, en la Edad media, no encuentra en su imaginación otros medios más adecuados para representar á la Naturaleza, en sus múltiples manifestaciones, que la forma humana, basada en la ciencia mitológica. Tócale también á lo Sagrado su representación en el arte del paisaje; quiere imitar á la Naturaleza, pero se olvida de la perspectiva, de ese conjunto de cuadros que embellece la Creación.

Necesítase del genio creador del hombre desarrollado por la civilización, y, aparecen los hermanos Van-Dick. Más tarde Patenier y Blep presentan el Arte como el coprador exacto de la Naturaleza. De esa evolución en el Arte, el paisaje formó su escuela, poniéndose al frente de ella Breughet, Sarri y otros. En los siglos XVII y XVIII, conforme avanzaba el tiempo, se multiplicaban las creaciones, y el Arte recibió por grado la perfección, si no completa, próxima á llegar al fin deseado.

El progreso, espejo del adelanto intelectual, ha llegado en el Arte del paisaje, á ser el intérprete fiel de la obra creada por el infinito. Por tanto, el Arte del paisaje, en el siglo XIX, se vanagloria de haber llevado al lienzo la perfección.

Saludemos, pues, al artista que ha sabido llevar al lienzo los paisajes de la Naturaleza, interpretando á la vez la maravillosa obra de la Creación.

JOSÉ DE J. MÁRQUEZ.



TEATRO DE LA GUERRA. — POBLADO DE SONGO (SANTIAGO DE CUBA) ATACADO POR LOS INSURRECTOS

## RUDYARD KIPLING

TIENE 31 años, la contextura de un montañés de Escocia, cara redonda, frente ancha, carrillos vigorosos, ojos llenos de malicia, barba hendida, semblante jovial y burlón.

Nació en Bombay, donde residió largos años, y donde ha sido soldado. Su tierra natal, tan vasta y tan rica, ha sido la veta de oro de su fecundo ingenio.

Ese indio por la cuna, inglés por la raza y por la lengua, tiene la sobriedad sajona en la viveza de una fantasía verdaderamente oriental.

Los críticos de Inglaterra y de los Estados Unidos, y no pocos competentes críticos franceses, están unánimes en reconocer en Rudyard Kipling un maestro en el arte del estilo y un maestro en el arte de narrar.

Tiene el privilegio del cuento corto, que en nada se parece, dicho sea de paso, á la *nouvelle* de los franceses ni á la *novela corta* de los españoles.

Su pluma degenera con frecuencia en arma agresiva, con la misma facilidad y el mismo donaire con que se trueca en creyón ó en pincel.

Su primer libro, el fundamento de su gran popularidad en los países en que se habla la más sintética de las lenguas, lleva el título de *Cuentos sencillos desde las Alturas* (*Plain Tales from the Hills*). *Luz que se apaga* (*The Light that Failed*) es otra de sus principales producciones, y puede reputársela como uno de

Julio, 85.

los romances más originales y conmovedores de la literatura moderna. De la misma índole de los *cuentos sencillos* son las siguientes colecciones de historias breves: *Tres soldados*, (*Soldiers three*); *La Naulakka: historia del Oeste y del Este* (*The Naulakka: a story of West and East*), en colaboración con Wolcott Ballestier; *La Vida á escape* (*Life's Handicap*), y *Phantom Rickshaw*.

Observación delicada y sugestiva, energía en los caracteres, incidentes trágicos, viveza en las situaciones, realismo lleno de colorido y de amenidad, inventiva poderosa, admirable sencillez en el lenguaje, la más zumbona ironía, las más cómicas é inesperadas explosiones del clásico *humor*: todo esto rebosa, como la cerveza en el jarro, en las narraciones del primero de los cuentistas ingleses.

Rudyard Kipling no es sólo un artista en prosa. Es también un poeta que pone en sus versos las mismas primicias de inspiración que en sus narraciones orientales. La prensa de Norte-América, lo mismo *The New York Herald* que *The World*, se disputan sus poesías.

El famoso cuentista inglés tiene no pocas semejanzas con el francés Pierre Loti. Piénsese en el autor de *Jerusalem* y de *El Pescador de Islandia* vaciando sus impresiones en la lengua de Byron y de Scott, pero con un estilo más varonil y menos abuso del sentido del color.

JOHN MAC LEE.



Excmo. Sr. General de División, D. Andres González Muñoz.  
Nombrado Jefe del 1er. Distrito del ejército de operaciones, en Oriente.

### Los funerales del sol

A CLEMENTE PALMA

En las tardes que mueren, las nubes  
errabundas y tristes desgranán  
el collar de sus tonos de oro  
en los funerales del regio monarca.

Van dolientes como aves heridas  
donde van los sueños, donde van las ansias,  
á perderse en la sima brillante  
de un vívido ocaso que dora su marcha.

Todas van, mensajeras del éter  
que al hundirse llevan prendido en las alas  
el girón de un recuerdo, una gloria,  
ó de una promesa la dulce esperanza.

Todas van dibujando al perderse  
magas heroínas de historias románticas,  
amadas creaciones de extraños poetas,  
novias pensativas, y áureas castellanas.

Eleonora, la casta, la tímida  
pasa, y en las redes de sus trenzas pálidas,  
aún parece que lleva de Pöe  
preso un beso tibio, presa una mirada.

Y la amada y gentil veronesa  
cruza luego envuelta con tocas nevadas,  
esperando inquieta que la alondra trine  
ó esperando ansiosa que penda la escala.

Allá va Margarita, en el cuello  
los diamantes sus luces irradian,  
va siguiendo la sombra de Fausto  
y á sus plantas Siebel sus flores derrama.

Después cruza Matilde, en sus ojos  
lleva los ocasos de la Tierra Santa,  
resplandores que vió en las pupilas  
de su amado, en las tardes de Arabia.

Y María, la tierna, la dulce  
que soñó en las noches azules del Cauca,  
con el ave negra, llena de temores,  
llena de alegrías, con las rosas blancas.

Oh, Beatriz! Allá va, el paraiso  
de su Dante, aromado la aguarda,  
del poniente en los senos recónditos  
donde el Sol herido temblando se inflama.

Ahora Helena, adormida en el éxtasis  
de la gloria que tenue abriganta,  
con fulgores de luces astrales  
sus clásicas líneas de Diosa pagana.

Y después las musas, las que vió la Grecia  
del Himeto florido en la falda,  
atraviesan el cielo, sumidas  
en sueños amargos de tristes nostalgias.

Del azul los guerretos sostienen  
el palio soberbio que cubre al monarca,  
y los cirios incendian triunfantes  
con brillos-extraños sus cascos de plata.

Todos van, todos lloran la muerte  
del rey que en regueros de lumbré se apaga  
y aparecen las blancas estrellas  
enflorando el éter de lívidas lágrimas.

Oh, la noche! las torres se quiebran,  
en el occidente las falanges pasan....  
y al morir los destellos del día  
quizás mueran también nuestras almas.

FEDERICO UHRBACH.

### ALBUM INFANTIL



TULA MENACHO

Una niña, más bien una crisálida con promesas de mariposa  
deslumbrante. Bella, buena, gentil, inteligente, soñadora, con  
las coqueterías de las que pueden ser coquetas, por la edad y por  
la gracia.

Recuerdo una de esas japonesitas tan deliciosamente descri-  
tas por Lotí, porque sabe llevar la sombrilla con la gracia de  
una hija de Yedo.

Tiene la delicadeza de las miniaturas y la seducción de los  
florecimientos que empiezan....

Decir más, sería recargar esta figurita de acuarela, á la que  
sientan los tonos sencillos.

Hasta la firma pesa en uña silueta tan breve....

M.

# CRÓNICA

La muerte de la señora Mercedes Pedroso y Montalvo ha sido la nota de duelo con que se ha cerrado la anterior semana. Esposa del ilustre y muy distinguido jurisconsulto Sr. D. Antonio González de Mendoza, se reunían en la noble dama los títulos de prestigio de sus respetables apellidos con las hermosas cualidades que se atesoraban en su alma, resplandecían en su vida y fijarán un recuerdo en su muerte.

Recuerdo que será inextinguible, porque muchos hogares sentirán más sombrías sus desolaciones al evocar la caridad de aquel corazón tantas veces bendecido por la gratitud.

Elocuente prueba del dolor que en la sociedad habanera ha causado esa desgracia, fueron los funerales de la Sr. Pedroso de González de Mendoza. Tras la funeraria carroza, cubierta totalmente de coronas y cruces, se extendía el largo cordón de carruages en número tan excepcional que no se recuerda entierro de dama alguna más concurrido que el de la bondadosa señora que acaba de descender á la tumba.

Numerosas son las familias que guardarán luto por esta pérdida. Y entre todos los deudos de la familia á quienes especialmente quiero hacer llegar la expresión de mi pésame se cuentan sus hijos, jóvenes pertenecientes á nuestra más distinguida sociedad, y á su hijo político el ilustrado y muy querido Dr. D. Gonzalo Aróstegui.

*Matinées.*—La de Cojímar se celebrará este domingo.

Su éxito es seguro. Figura en la comisión de honor una damita que es la simpatía misma: la graciosísima *Teté* de Cárdenas, la encantadora señorita que es hoy la reina de la temporada de Cojímar.

La otra *matinée*, la de la playa de Marianao, está anunciada para el día dieciocho.

Con dirección á los Estados Unidos acaba de embarcarse la distinguida é ilustrada señorita María Luisa Dolz, acompañada de su hermana Adelaida.

Lleva el propósito María Luisa, no sólo de reponer su salud, algo quebrantada por la ruda labor que exige la dirección de su gran colegio «Isabel la Católica», sino también el de estudiar los modernísimos sistemas de enseñanza de la gran República y traer para su plantel los últimos adelantos materiales que encuentre en los colegios—modelos norte americanos.

Las señoritas Dolz pasarán una breve temporada en la vecina república. Temporada que deseo proporcione los mayores agrados á tan apreciables viajeras.

Mi particular y muy estimado amigo el Sr. Gabriel Costa acaba de recibir la más dolorosa de las noticias: la de haber fallecido en Barcelona su anciana y amante madre.

Mi pésame muy sentido al Sr. Costa y á su joven y elegante esposa la distinguida dama Sra. Serafina C. Rabell.

Deliciosa promete ser la tarde de este domingo en el Vedado.

Con una retreta por la banda «Santa Cecilia» será inaugurado el precioso parque de la calle del Paseo, frente á la linda quinta de Manuel Carranza.

Carranza, con el concurso de los distinguidos señores Alamilla y Bueno, ha podido llevar al feliz término que hoy todos admiran las obras de tan bonito y tan útil parque.

La temporada del Vedado ha cobrado con esto un aliciente tan simpático que ya es cosa convenida reunirse todos los domingos por la tarde en la fresca y diáfana alameda.

Las reuniones semanales de los baños *El Progreso* aumentan en animación. Cada sábado la concurrencia va siendo más numerosa.

Es necesario abogar—y por mi parte lo hago—por el buen éxito de estas fiestas de los baños.

El lugar no puede estar mejor elegido. Mucha amplitud y mucho fresco. ¿Qué dos factores mejores para una fiesta de verano?

En la «página de honor» de *La Moda Cubana*—revista para las damas que reparte el *El Diario de la Familia*—he visto el retrato de la Sra. Da Malvina Cruzat de Heredia.

En el margen del grabado, como orla de homenajes, aparecen escritos, entre los merecimientos de la bella cuanto distinguida dama, estos expresivos párrafos que suscribiría mi pluma resueltamente:

«Exquisita, muy culta, ágil con precisión las bellezas de un cuadro, los refinamientos de un libro de F. Lambert y las innovaciones musicales de Wagner.—Esposa de Nicolás Heredia, recibe con aristocrática distinción á los intelectuales que forman el círculo del marmóreo prosador, á quienes encanta su finura bondadosamente cortesana».

La Sra. Cruzat de Heredia es, además de todo esto, una dama muy elegante.

Cuando la nunca olvidada Harding interpretó en Matanzas la *Clara* de *Le Maître des Forges*, yo fui enviado por *La Discusión* para asistir esa noche al Teatro Esteban.

En aquella conjunción de la mejor sociedad matancera, donde se multiplicaban las caras lindas y las *toilettes* de gran gusto, una de las damas que primeramente se destacó á mi vista fué la joven esposa de mi querido amigo el gallardo prosador que ha escrito *Leonela* y acaba de firmar en las páginas de *EL FIGARO* el interesante y comentado artículo *Clinica mental*.

Tan distinguidos esposos, orgullo de los buenos círculos de Matanzas, no tardarán en encontrarse entre nosotros.

El feliz hogar que acarician las ondas del San Juan se trasladará temporalmente á un pintoresco lugar donde sonríen flores y se escuchan las olas al morir sobre las playas del Vedado.

*Viajeros.*—Para New-York ha salido el Sr. Antonio Carrillo.

El 16 sale en *La Navarre* el Sr. Manuel María Coronado con su distinguida familia.

La familia del Sr. Francisco Carrillo, que se encuentra desde hace algún tiempo en la Víbora, tiene el propósito de pasar en Madruga los meses que restan del verano.

Envidiable temporada la de Madruga, reunidas allí las dos hechiceras Marias: María Carrillo y María Murías.

Madrid, 6, Mayo 1895.

Sr. D. Enrique Gottardi.

Muy señor mío: Recibí su atenta carta 18 del pasado y cual deseaba, cumplí su encargo poniendo en manos de S. A. R. la Infanta Da Eulalia el vals que con tal objeto me enviaba; y esta Augusta Señora me manda que en su nombre le dé á usted las gracias y que acepta con sumo gusto su recuerdo.

Con este motivo queda de usted su afma.

La Marquesa de Nájera.

Tengo que dar una noticia grata: el próximo enlace de la bellísima Srita. Amelia Obregón, con el distinguido militar, D. José Ruíz.

La distinguida familia de mi estimadísimo amigo el Sr. Nicolás Cassina ha trasladado su residencia al Calabazar, con objeto de pasar los meses que restan del verano.

## Señoritas Villaclareñas



Concepción Tristá y Pérez

No son pocos los que persisten en afirmar la inferioridad intelectual de la mujer, negándole aptitudes para elevar su espíritu á la región hermosísima en que el Arte y las Ciencias esplenden.

Los que aun sustentan principios tan ilógicos, tienen en *Conchita*—la gallarda joven villaclareña cuyo retrato embellece hoy esta página, la hija del ilustre Dr. Tristá—la más brillante refutación de sus argumentos.

Alumna prestigiosa del Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara, cursa en la actualidad el 5º año del Bachillerato, habiendo alcanzado siempre, en los diversos exámenes que ha sufrido, la nota de *sobresaliente*, y últimamente conquistó en rigurosa oposición y por unanimidad el premio de primera clase en la asignatura de Aritmética y Álgebra, estudios en los que se distingue admirablemente y á los que consagra con el mayor empeño todas las energías de su inteligencia excepcional. Discípula del reputado meteorólogo Jover, más de una vez hemos oído al maestro elogiar con entusiasmo las aptitudes que para el estudio de las ciencias exactas concurren en su joven discípula.

Siéndenos con respeto cariñoso á la estudiosa joven que en nuestro horizonte científico aparece como un astro de esperanza y en el santuario del hogar sonríe como un ángel.

JUAN C. ZAMORA.

ENRIQUE FONTANILLS.



# Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.



El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea a su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda.—Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes.—Pídase el abanico *Imperio* en



❖ La Complaciente ❖  
Habana 100

❖ La Especial ❖  
Obispo 99

❖ El Japón ❖  
S. Rafael 13



cordárnme la, con todo el ardor y la vivacidad de los primeros días. Esto sucedió en el año último. El 30º de hnsares se detenía en V. y yo tenía el honor de ser su coronel. A nuestra llegada, los jefes y oficiales encontramos una invitación para el baile del Gobernador, cuya fiesta tendría lugar al día siguiente. Yo tenía oficiales de todos colores. El más hermoso era rojo, alto, bien formado, y para el cual ninguna ciudadela debía ser inexpugnable. Su corazón era de verdadero soldado. Montaba a caballo como un centauro, y hacía bien cualquiera otra cosa. Además, era rico, marqués ó poco menos ..... en fin, una verdadera calambidad. Como me interesaba en sus éxitos, lo busqué pronto entre los grupos que giraban alrededor de mí. No tardé en reconocer su bella cabeza de *highlander*. Un vals lanzaba sus últimos compases, de un ritmo arrebatador. Mi oficial tenía sujeta entre sus brazos á una preciosa niña, que con la cabeza un poco echada hacia atrás, las narices hinchadas y al pecho anhelante giraba sin darse cuenta del vértigo que la impulsaba. La orquesta calló, y la pareja, que yo miraba con interés, vino á detenerse delante de mí.

Quedé sumido en estupor, al mirar á la joven. Era otra Mounette, la pequeña arabe del Tesoro: el mismo color, la misma

MANARPH 41

MANARPH 44

Toda la noche mi mirada siguió á aquella encantadora niña, que hacía revivir mi pasado, bajo la forma más atrayente é inesperada.

A cada vuelta de vals pasaba delante de mí, y en la blanca nube de su *toilette* vaporosa, yo entreveía la silueta de mi pequeña árabe, con sus mangas de gasa, y su saya corta, de flores rojas.

Durante las cuadrillas, yo me arreglaba de modo de estar frente á ella constantemente, y cuando la vela avanzar con los brazos abiertos y la mirada incierta, con una moderación encantadora, no osando sonreír al caballero que le hacía *vis-à-vis* y sin lograr á pesar de todo permanecer seria, me acordaba de la bailarina ardiente y loca, que lanzaba sobre mis ojos una mirada de fuego, y que con las manos enlazadas por encima de mi cabeza, me pedía una fruta en cambio de la embriaguez con que ella llenaba mi copa.

Algunas veces tenía ganas de llevárnme la diciendo á todos: *Es mía*.

Ay! Todo era mentira. Mounette no existía ya, y aquel reflejo de su juventud se extinguiría pronto para todos, como en otro tiempo la realidad encantadora había muerto para mí.

VI

Yo había visto algunas veces, estando de guarnición en Constantina, al General L... entonces teniente como yo. Pretexté nuestras relaciones, bien efímeras por cierto, para presentarme al día siguiente en su casa.

Me hicieron entrar en un salón suntuoso y severo á la vez, sin anunciarme, como conviene. Mme. L. fué quien me recibió. Ella estaba sepultada en una gran butaca, con los pies en el fuego, leyendo una novela de moda. Yo saboreaba mi asombro mientras ella hablaba, sin embargo del libro que tenía en la mano. Pero no quise permanecer mucho tiempo en aquel terreno

182

# EL ALMENDARES

54, OBISPO 54

— HABANA —



# EL ALMENDARES

54, OBISPO 54

— HABANA —

Optica -- Cirugía -- Gimnasia -- Esgrima -- Joyería -- Perfumería

NI E

zas. Tocó un timbre y el criado apareció.  
—Mirad, Pedro, si ha venido el General. Le direis que el Coronel de Tinsay le espera en el salón y desea despedirse de él.  
Su acento se había tranquilizado poco a poco; y ya con un tono suave, agregó dirigiéndose á mí:  
—Me excusaré si me retiro, caballero, pero hoy comenzo las oraciones de eucaristía, y ha llegado la hora del sermón.  
Entonces se alejó, mientras yo me inclinaba á su país. Al llegar al extremo del salón, levantó un cortinaje, tuvo un momento de vacilación, y en el acto de desaparecer se volvió hacia mí, con un gesto de pesar contenido.  
*Manarphi!* me dijo con voz paipante.  
Y el pesado cortinaje cayó detrás de ella.

47 MANARPHI

banal, en el que no podía tratar de nada de lo que tenía en el corazón, y me arreglé de modo que la literatura nos condujera por senderos extraviados á la Argelia. Hablé de los contentos de mi carrera, de Constantina, del Tesoro y de su mármol blanco, del barrio árabe, tan pintoresco, con sus sombrías avenidas. Arrastrado por la dulzura del recuerdo, llegué á hojear algunas páginas de un pasado tan viviente y querido, con mano discretísima, pero con cierta voz emocionada, que decía mucho.  
Mime. L.: poco á poco intere-ada por mis palabras, había abandonado su postura negligente. Me miraba con profundidad, con las manos crispadas sobre los brazos de su butaca, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cara ansiosa.... Me había reconocido.

Durante algunos momentos su agonia fué terrible. Un combate violento se libraba en su alma. Su orgullo y el sentimiento de su fuerza luchaban contra los recurrentes embriagadores de nuestro amor. Venida por un instante, abrió la boca para gritar mi nombre, pero ese nombre no pudo salir de su garganta apretada y solo sus pálidos labios lo articularon con un temblor doloroso.

Yo no estaba menos turbado que ella, y me sentía arrastrado por un vértigo, que iba á conducirne á no sé cual locura. Ella lo comprendió, y el miedo le dió fuer-

estrecha frente, nariz remangada, cara salvaje y provocativa, y en el caminar un balanceo del cuerpo, que me la hacía aparecer de nuevo.  
Vino á sentarse delante de mí, y me dijo:  
—Tienes calor, hijita, debes descansar.  
—Oh, no! esto es tan divertido!  
—Por qué reías tanto ahora poco?  
La joven se inclinó hacia su madre y yo of el resto de la conversación.  
Una cuadrilla vino á interrumpirla. Me aproveché de ella, para ocupar la silla vacante de la joven bailadora, y valiéndome de la autoridad de mis bigotes grises, y de mi grado en una casa militar, traté de conversar con la madre, que había quedado sola. Era una extranjera, evidentemente española, si se atendía á su acento guttural; italiana por el tipo; de todos modos distinguida, todavía linda, de ojos soberbios. Hablamos primero del calor; luego de la profusión de plantas. Me dijo cuanto le gustaban las flores, y me explicó el trabajo que tenía para conservarlas en la atmósfera *cragense* de la población.  
—Hasta ahora no he podido salvar más que una palmera y un *aspidistra*. Mi marido ha tenido la bondad de instalar en mi salón un invernadero.... A pesar de todos

48 MANARPHI

los esfuerzos, mis plantas perecen en el trascurso de pocas semanas.  
La cuadrilla había terminado. Me levanté para devolver la silla á su linda propietaria; me dió las gracias con una sonrisa, y me dijo al sentarse:  
—Perdón, coronel.

Aquella voz, el gesto que la acompañaba; todo me recordó cierta escultura de mármol blanco, en donde me decían en otro tiempo, entre un cubo y una esponja: «*Besito*...» ¿Qué loca es la imaginación de un coronel de Infantes!

Me alejé, y dirigiéndome á un oficial de ordenes de la casa, le pregunté:  
—Decidme, ¿quién es aquella mujer tri-gueña, de vestido rojo, con la que he conversado ahora mismo?

—Es la mujer del general L....

—¿Es española?

—No, árabe. Según parece, hija de un gran jefe.

—¿Cómo se llamaba ella, antes de su matrimonio?

—A la verdad, mi coronel, no sé nada. En la intimidad, su marido la llama Montette. Es todo lo que puedo decir de sus antepasados.  
Eran putes, Mouina y su hija, las que tenía antes mis ojos. ¿Qué metamorfosis en la una! ¿Cuál gracia irritante en la otra!